

Introducción

Quizá la principal característica de un museo es la de hacer tangible lo intangible, la de concretar ideas y sentimientos, emociones y abstracciones, a través de objetos. Es la capacidad de evocación a través de lo más concreto y palpable. Es además la vía más accesible a una idea, pues en muchos casos no necesita bagajes especiales de conocimiento para su comprensión, más allá de su vínculo con el sentimiento, lo que facilita la amplitud de la difusión y la capacidad para generar identidades grupales. Si algo ha caracterizado a la contemporaneidad ha sido la necesidad de generar estas identidades colectivas por parte de Estados y partidos, grupos y comunidades, cada una de las cuales ha generado sus propias formas de pertenencia en torno a un mundo simbólico de extraordinaria variedad¹. Y es que las identidades únicas, pese a ser anheladas con ahínco, nunca pudieron establecerse por completo, ni en el peor de los totalitarismos del siglo XX. La competencia y la diversidad han caracterizado una constante búsqueda de definiciones con capacidad para aglutinar a los más amplios fragmentos de la sociedad. Un elemento central para ello fue la propaganda, muy rica en elementos sobre los cuales construir los mensajes con los que persuadir a cada uno de esos sectores.

En el fondo se está hablando de memoria, otro complejo elemento que bebe de muchas fuentes diversas y cuya presencia actual ha hecho de él un concepto recurrente en el siglo XXI. La memoria se construye mediante impresiones, sensaciones y sentimientos, y con ella y con su análisis podemos tratar de acercarnos a lo que ocurrió en el pasado. Y en conexión con la reflexión previa sobre el

museo, los objetos que en buena parte constituyen el contenido de estos, suponen un instrumento de innegable utilidad para transmitir algo de lo que ocurrió y para que pueda accederse a la memoria de forma más cercana y evocadora. A partir de ello y mediante el análisis riguroso de la materialidad del pasado, se puede tratar de comprender lo acontecido, por más que se nos escurran entre los dedos tantos elementos de los cuales solo la inmediatez de lo vivido podría dar cuenta. Por eso son tan importantes la entrega y la cesión de elementos del pasado a una institución que los conserve y les dé sentido más allá de la experiencia directa de quienes los han vivido. De esta manera el pasado no será un país extranjero en el sentido más radical de la diferencia, y podrá pasar a ser otro tiempo, distinto al nuestro, pero al que podremos acceder al contar con los instrumentos para ello, estos materiales que forman la columna vertebral de museos y exposiciones.

Este libro surge como parte de la puesta en marcha de una exposición temporal en el Museo del Carlismo de Estella dedicada a la propaganda carlista, y desarrollada entre 2020 y 2021. Inicialmente se planteó como catálogo de la misma², pero pronto fue evidente que superaba los límites recomendables y derivó en esta monografía cuya principal pretensión es servir de base para futuros estudios sobre los múltiples aspectos de una cuestión con matices y aristas. Se busca en estas páginas trazar un primer mapa de la propaganda en el carlismo, pero insistiendo primordialmente en los aspectos informales, en los mecanismos por medio de los cuales los seguidores de los pretendientes trataron de hacerse presentes en la sociedad en su conjunto y, primordialmente entre sus adeptos. Pero también se busca atender a la recepción de esa propaganda, a su reelaboración permanente, a su puesta en común. Y es que la propaganda no se entiende como un proceso unidireccional, desde las élites y autoridades del carlismo, hacia una base sin forma y pasiva. En buena medida, la propaganda era una construcción conjunta, un diálogo constante, y por ello parece imprescindible escudriñar a los mecanismos de ese intercambio.

Por ello, el libro no atiende a los organismos y estructuras propagandísticas que puso en marcha el carlismo como organización ya desde finales del siglo XIX, sino a los espacios en los que se desa-

rrolló la difusión de los principios y voces de la causa mediante una vasta diversidad de medios y mecanismos. Además de reflexionar sobre el papel de la propaganda en la contemporaneidad, y la llegada del carlismo a un instrumento que inicialmente se asoció con la revolución y con el liberalismo, el núcleo del libro lo constituyen cuatro ámbitos: la prensa, la calle, el círculo y el hogar. Aunque presentados de forma individualizada, no cabe plantear cada uno de estos espacios, físicos y simbólicos, de forma aislada, sino en una constante interacción y en un sentido que pretende ir mucho más allá de un mero instrumento utilitario. ¿De qué manera la relación con los iguales o próximos ideológicamente favorecería la transmisión de vivencias, y también de sentimientos y afectos? ¿qué papel jugaba la transmisión familiar de todo ello? ¿cómo conseguía el activismo y la acción en el espacio público asentar la fidelidad a una idea? ¿dónde se apoyaba la transmisión intergeneracional de los principios? En definitiva, ¿cómo y dónde se vivían las ideas del carlismo en el día a día?

Esto es lo que lleva a poner en valor a las decenas de personas, familias e instituciones que han asumido la importancia de ese legado histórico y han donado objetos y documentos familiares y cercanos, porque sin ellos no hubiera podido ponerse en marcha apenas alguna exposición y contados museos, ni cabría la posibilidad de seguir estudiándolos para desentrañar un pasado que, de lo contrario, se tornará tan incomprensible como ajeno. Ese es el núcleo también de este libro, construido a partir de materiales muy diversos, cuyo valor principal es facilitar el acceso a esa vivencia del carlismo y a su comprensión como fenómeno histórico.

Por ello, como en el Museo del Carlismo de Estella y en tantos otros, se nutre primordialmente de las donaciones realizadas por ciudadanos altruistas, para quienes los objetos entregados a la custodia de esta institución forman parte no solo de su patrimonio personal, sino que constituyen los fragmentos del legado de sociedades de otro tiempo, a las que nunca podremos acceder si no es por esta generosidad. Facilitar el contacto con todo aquello que pueda servir para conocer mejor lo ocurrido es, por una parte, un servicio a la colectividad y, por otro, una forma de responsabilidad social, además de garantizar la conservación en las mejores

condiciones. Permite, igualmente, levantar nuevos estudios y ser cada día un poco más conscientes de la complejidad del pasado y de la necesidad de contar con los instrumentos que nos permitan acercarnos a él.

Estas páginas deben un sincero agradecimiento a las facilidades otorgadas para la consulta de documentación de los archivos General de la Administración de Alcalá de Henares, Real y General de Navarra, Municipal de Pamplona, General de la Universidad de Navarra, Filmoteca de Navarra, así como de la Biblioteca de Navarra y de la Universidad de Navarra. La buena disposición de su personal y la ayuda prestada están detrás de buena parte de lo que hay de novedoso en este trabajo. Además cabe resaltar el trabajo encomiable y callado que al frente del Centro de Documentación y del propio Museo del Carlismo que lo acoge realizan Silvia Lizarraga e Ignacio Urricelqui. Este trabajo se inscribe dentro del proyecto PGC2018-094133-B-100 (MCIU/AEI/FEDER, UE).